

Escila y Caribdis

Mis escritos, ya sean en prosa o en verso, pueden o no haber sorprendido a otra gente: pero sé que siempre, en una primera lectura, *me* sorprenden. He hallado con frecuencia que las ideas más interesantes u originales, una vez puestas en palabras y en el orden adecuado, eran ideas de cuya posesión no era consciente. Se supone, por lo general, que un escritor sabe exactamente lo que quiere decir antes de sentarse a la mesa; y que sus esfuerzos ulteriores se centran meramente en elegir mejores palabras, cuidar más la dicción, y hallar un arreglo más equilibrado. Sin embargo, una y otra vez he descubierto que mis escritos —aquellos, al menos, que me gustaban— diferían de la composición que había planeado en un principio. Tal vez nunca termino de saber lo que digo hasta que lo he dicho. Bien haya emprendido esa tarea específica de manera espontánea, bien sea una tarea impuesta por las circunstancias, el elemento de lo inesperado juega un papel importante.

De ahí la importancia, en un primer momento, del título. Uno empieza escogiendo un título para asegurarse de que tiene un tema en mente: pues un título es una suerte de sustituto o sombra de un tema. No obstante, en el caso de esta conferencia, la relación entre título y tema, y entre ambos y la composición final, es peculiar. Como pueden haber notado ya con impaciencia, albergo curiosidad por el proceso por el cual algo termina siendo escrito: en esta ocasión, me tienta dar rienda suelta a esta curiosidad, ya que el Centre Méditerranéen se halla íntimamente ligado en mi mente al nombre de ese gran explorador del pensamiento, los sentidos y el lenguaje que fue Paul Valéry. Ante todo, pues, he de revelar que el título de esta conferencia no sólo precedió al tema, sino que, en rigor, es el producto de un malentendido. En mi correspondencia con el señor Presidente, M. Emile Herriot, me

NOTA PRELIMINAR: Reproducimos seguidamente una traducción del texto de una conferencia que T. S. Eliot dio en el Centre Méditerranéen en 1952. Inédito en vida de su autor, este texto fue publicado por vez primera en el número especial que la revista inglesa Agenda dedicó a Eliot en 1985, y vuelto a reproducir tiempo después en Agenda: An Anthology, edición de William Cookson, Carcanet Press, Manchester, 1994.

Esta conferencia no se encuentra en ninguna de las antologías de la prosa crítica de T. S. Eliot y ha permanecido, hasta la fecha, rigurosamente inédita en nuestro país.

quejé de las dificultades que entraña decidir el asunto a tratar ante una audiencia desconocida; y, en tono parentético y exclamatorio, añadí: «¡Escila y Caribdis! ¡Evitemos tanto la frivolidad como la monotonía!» El señor Presidente, bajo la impresión de que ofrecía este comentario como asunto de mi charla, replicó al instante que la juzgaba una idea feliz y que éste sería el título anunciado. No le corregí de inmediato, porque quería esperar hasta haber pensado en otro tema. Y, pasado un tiempo, me dije: «¿Por qué no? El título es bueno. El mito pertenece a ese mundo mediterráneo que sustenta nuestra cultura; se refiere a un episodio bien conocido de nuestra prehistoria mediterránea; al igual que otros mitos relativos a la historia de Ulises, constituye lo que el profesor Jung, creo, llamaría un arquetipo universal de la experiencia humana. Responde a algunos de los miedos y deseos más hondos de los seres humanos: representa, de hecho, la experiencia de la vida. Es aplicable casi a cualquier asunto que uno desee comentar. Así pues, apenas me fue impuesto dicho título, me lancé con entusiasmo a explorar mi propia mente, curioso ante lo que pudiera hallar en mis rondas.

Centré mi atención, pues, en considerar el significado de Escila y Caribdis en poesía; pues sé por experiencia que la mejor manera de mantener la atención del público es empezar por aquello de lo que al parecer se tiene cierta idea. Recordé entonces que, cuando trato de escribir un poema, suelo hallarme en la difícil situación del navegante homérico. Se supone por lo común que el poeta es, de ser algo, aquel individuo embarcado en la búsqueda perpetua de *la palabra justa*. Mi propia experiencia pudiera definirse con más precisión como el intento por evitar la palabra inadecuada, pues estoy convencido de que la palabra justa no es sino un espejismo. Trataré de justificar esta opinión.

Abordemos el problema en sus aspectos más simples. La que puede ser palabra justa en un respecto puede ser la inadecuada en otro. El valor *poético*, tal vez debiera decir el *significado* poético de un fragmento en verso, depende de tres cosas: del significado literal de la palabra, de sus asociaciones, y de su sonido. La palabra que uno desea por su significado exacto puede no ser muy eufónica en el contexto de las palabras entre las cuales quiere uno insertarla. La palabra que en ese contexto posee el sonido adecuado puede no tener del todo el significado deseado. Cada una de estas opciones lleva al naufragio. Si la palabra suena de modo inadecuado, la superficie del poema queda dañada; si tiene el significado equivocado, el poema se deshará en las manos. En ningún caso es el resultado poesía.

Con el fin de ilustrar este simple dilema ante ustedes breve y convincentemente, debería hacer uso de ejemplos sacados de la tradición francesa. Pero pocas personas, y desde luego no es éste mi caso, conocen un idioma